Humanidades, Tecnología y Ciencia, del Instituto Politécnico Nacional
Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título: 04-2010-0326124-14000-203 ISSN: 2007-1957

ISSN 2007-1957

EVALUACIÓN HOLÍSTICA EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR: COMO INSTRUMENTOS QUE PUEDA INTEGRAR CONOCIMIENTOS, HABILIDADES Y VALORES

Judith Sara Ramírez Sosa
Instituto Politécnico Nacional
jramirezso@ipn.mx

Guillermo Márquez Arreguín
Instituto Politécnico Nacional
gmarquez@ipn.mx

Resumen

La evaluación holística en la educación superior representa un enfoque innovador que busca valorar a los estudiantes de manera integral, considerando no solo los conocimientos adquiridos, sino también las habilidades, actitudes y valores que desarrollan a lo largo de su formación. Este modelo promueve un aprendizaje más profundo y significativo, en el que el estudiante es protagonista de su proceso educativo y el docente se convierte en guía y acompañante. La implementación de la evaluación holística requiere de estrategias diversas, como portafolios, proyectos interdisciplinarios, simulaciones, diarios reflexivos y autoevaluación, que permiten medir dimensiones cognitivas, prácticas, socioemocionales y éticas. A pesar de los desafíos institucionales, culturales y de recursos que implica, este enfoque ofrece la posibilidad de formar profesionales críticos, responsables y capaces de actuar de manera ética y consciente en la sociedad. En última instancia, la evaluación holística humaniza la educación superior, fortaleciendo la formación integral y preparando a los estudiantes para enfrentar los retos de un mundo complejo y en constante transformación.

Palabras clave: evaluación holística, educación superior, habilidades socioemocionales, valores, aprendizaje integral

La evaluación en la educación superior ha sido, desde sus orígenes, un elemento central para garantizar la calidad académica y medir el logro de los aprendizajes. Sin embargo, en muchos casos se ha reducido a un proceso que privilegia la comprobación de conocimientos memorísticos o conceptuales, dejando en segundo plano aspectos esenciales que forman parte del desarrollo integral de los estudiantes. Los exámenes escritos, las pruebas objetivas y las calificaciones numéricas han ocupado históricamente el lugar protagónico, configurando un panorama donde lo cuantitativo pesa más que lo cualitativo (Biggs & Tang, 2011).

Este modelo de evaluación, centrado casi exclusivamente en el rendimiento cognitivo, ha demostrado ser insuficiente

frente a los retos que plantea la sociedad contemporánea. Hoy se requieren profesionales que, además de dominar los contenidos de su disciplina, posean competencias transversales como el pensamiento crítico, la creatividad, la capacidad de trabajar en equipo, la comunicación efectiva y la toma de decisiones éticas (González & Wagenaar, 2006). Dejar fuera estas dimensiones significa limitar la formación universitaria a un proceso fragmentado, que no responde a las necesidades de contextos complejos y cambiantes.

Desarrollo

La perspectiva holística ofrece una alternativa que invita a repensar la evaluación como un proceso más humano, inclusivo y formativo. Desde esta visión, el estudiante no es únicamente un receptor de información, sino un ser integral que combina conocimientos, emociones, valores y experiencias. Morin (1999) señala que la educación del futuro debe partir de la complejidad y la integralidad, preparando a las personas no solo para resolver problemas técnicos, sino también para comprenderse a sí mismas, convivir con los demás y actuar con responsabilidad en el mundo.

Bajo esta mirada, la evaluación deja de ser un acto aislado de comprobación y se convierte en un acompañamiento constante, orientado a estimular el aprendizaje significativo, la reflexión personal y la construcción de sentido. Estrategias como portafolios, proyectos interdisciplinarios, autoevaluación y coevaluación, diarios reflexivos y rúbricas con criterios éticos y socioemocionales son ejemplos de instrumentos que buscan reconocer el aprendizaje en todas sus dimensiones (Tobón, 2013; Zubiría, 2006).

De esta manera, avanzar hacia una evaluación holística supone también un cambio cultural dentro de las universidades. No se trata únicamente de modificar técnicas o añadir instrumentos, sino de transformar la concepción misma de lo que significa evaluar. Esto implica reconocer que el acto de evaluar tiene un fuerte componente ético y pedagógico: es un medio para acompañar procesos, motivar, retroalimentar y abrir oportunidades de mejora, más que para sancionar o etiquetar (Barnett, 2000).

En este artículo se plantea la necesidad de replantear los modelos tradicionales de evaluación en la educación superior, con el fin de transitar hacia propuestas más integrales que permitan valorar de manera equilibrada los conocimientos, las habilidades y los valores. El propósito es abrir un espacio de reflexión sobre cómo diseñar y aplicar instrumentos que respondan a la formación de profesionales competentes, críticos y comprometidos con la sociedad, superando el reduccionismo de la evaluación tradicional y caminando hacia una educación más humana y significativa.

La educación superior enfrenta el desafío de formar profesionales no solo competentes en su disciplina, sino también individuos críticos, éticos, creativos y capaces de adaptarse a contextos complejos y cambiantes. En este sentido, la evaluación se convierte en un elemento central que no solo mide conocimientos, sino que también puede orientar el aprendizaje, motivar al estudiante y acompañarlo en su desarrollo integral, reconociendo todas las dimensiones de su formación (Biggs & Tang, 2011). Tradicionalmente, la evaluación universitaria

se ha centrado en exámenes, pruebas objetivas y calificaciones numéricas, privilegiando lo cuantitativo y memorístico, y dejando de lado aspectos fundamentales como las habilidades socioemocionales, la creatividad, la colaboración y la toma de decisiones éticas (Barnett, 2000). Estos métodos, aunque útiles para medir contenidos específicos, resultan insuficientes para valorar la formación integral de los estudiantes, quienes deben ser considerados como seres completos, con capacidades cognitivas, prácticas, sociales y éticas interrelacionadas, capaces de aprender y desarrollarse en contextos cada vez más dinámicos y globalizados.

En este contexto surge la evaluación holística, un enfoque que entiende el aprendizaje como un proceso integral y complejo, en el que el conocimiento se articula con habilidades, actitudes y valores, moldeando al estudiante como persona y profesional (Morin, 1999; Tobón, 2013). Evaluar holísticamente implica reconocer que cada estudiante aprende de manera distinta, que sus experiencias previas influyen en su comprensión y que su desarrollo no puede reducirse a calificaciones o resultados numéricos. La evaluación, desde esta perspectiva, deja de ser un acto terminal para convertirse en un proceso continuo de retroalimentación, reflexión y crecimiento, en el que se potencia la capacidad de aprendizaje autónomo y significativo.

Los fundamentos de la evaluación holística se sostienen en la necesidad de abordar la complejidad del aprendizaje y la integralidad del desarrollo humano. Morin (1999) señala que la educación del siglo XXI debe considerar la interconexión entre el conocimiento, la sociedad y el entorno, formando individuos capaces de interpretar y transformar la realidad de manera consciente. Tobón (2013) complementa esta visión, destacando que la evaluación debe colocar al estudiante como protagonista de su aprendizaje, promoviendo la reflexión sobre sus logros y dificultades y fomentando la construcción de competencias que integren conocimientos, habilidades y valores. Este enfoque también se vincula con la educación por competencias, que busca medir no solo lo que se conoce, sino la capacidad de aplicar ese conocimiento de manera efectiva, ética y responsable, fortaleciendo la formación integral del estudiante.

La evaluación holística en la educación superior representa un cambio de paradigma profundo en la manera de entender y medir el aprendizaje. No se limita a calificar conocimientos aislados, sino que considera al estudiante como un ser integral, reconociendo que su formación abarca aspectos cognitivos, prácticos, socioemocionales y éticos. Este enfoque entiende que aprender no es simplemente acumular información, sino desarrollar competencias que permitan al estudiante aplicarlas de manera crítica, ética y responsable en contextos diversos y cambiantes (Morin, 1999; Tobón, 2013). Evaluar holísticamente significa también reconocer que cada persona tiene experiencias, intereses y ritmos de aprendizaje únicos, por lo que los procesos evaluativos deben ser flexibles, personalizados y orientados a acompañar el crecimiento de cada estudiante.

La evaluación holística transforma la evaluación de un acto meramente sumativo a un proceso formativo y significativo, donde los estudiantes pueden reflexionar sobre su propio aprendizaje, identificar fortalezas y áreas de mejora, y tomar decisiones conscientes sobre su desarrollo académico y personal. En este sentido, la evaluación se convierte en una herramienta para apoyar la

autorregulación, la metacognición y la construcción de conocimiento profundo, fomentando un aprendizaje que trasciende la memorización y promueve la aplicación práctica, la innovación y la creatividad. Además, permite que los estudiantes se involucren de manera activa en su proceso educativo, convirtiéndolos en protagonistas de su formación y fortaleciendo su motivación y sentido de pertenencia hacia la institución y su propio aprendizaje (Biggs & Tang, 2011).

Desde una perspectiva práctica, la evaluación holística integra múltiples dimensiones de aprendizaje. La dimensión cognitiva asegura que los estudiantes adquieran un dominio sólido de los contenidos disciplinares, desarrollen pensamiento crítico y capacidad de análisis. La dimensión procedimental o práctica fomenta la aplicación de esos conocimientos en situaciones reales, proyectos interdisciplinarios, laboratorios y simulaciones, conectando la teoría con la práctica profesional. La dimensión socioemocional contempla habilidades como comunicación, liderazgo, trabajo en equipo, resiliencia y empatía, competencias esenciales para la interacción social y la vida profesional. Finalmente, la dimensión ética y ciudadana se centra en la formación de valores, la responsabilidad social y profesional, y la conciencia ética, contribuyendo a la formación de ciudadanos reflexivos y comprometidos con la sociedad (Zubiría, 2006; Barnett, 2000).

Para implementar efectivamente la evaluación holística, es necesario contar con instrumentos variados y estratégicos que permitan evidenciar el aprendizaje de todas estas dimensiones. Los portafolios de aprendizaje, los proyectos interdisciplinarios, los diarios reflexivos, las simulaciones y la coevaluación son herramientas fundamentales, ya que no solo registran avances, sino que también promueven la autorreflexión y la mejora continua. Este enfoque hace que la evaluación se perciba como un proceso enriquecedor y motivador, en el que los estudiantes se sienten acompañados y reconocidos en su desarrollo integral.

La evaluación holística, por tanto, no es simplemente un método; es una filosofía educativa que humaniza la educación superior, reconociendo al estudiante como un ser completo, capaz de aprender, reflexionar, innovar y actuar con responsabilidad ética. Su implementación requiere compromiso institucional, innovación pedagógica, flexibilidad y formación docente, pero sus beneficios en la calidad educativa, en el aprendizaje profundo y en la formación de profesionales críticos y responsables justifican ampliamente la transformación de los modelos tradicionales de evaluación (Tobón, 2013; Biggs & Tang, 2011).

El docente desempeña un papel fundamental en el modelo de evaluación holística, ya que su labor va más allá de medir conocimientos y aplicar instrumentos estandarizados; se convierte en un guía, facilitador y acompañante del aprendizaje integral del estudiante. Su rol implica diseñar experiencias educativas que integren todas las dimensiones del aprendizaje —cognitiva, práctica, socioemocional y ética— y promover un ambiente en el que los estudiantes se sientan valorados, escuchados y motivados a desarrollar todo su potencial (Barnett, 2000). Para ello, el docente debe actuar con empatía, flexibilidad y creatividad, adaptando estrategias y herramientas según las necesidades individuales de cada estudiante, reconociendo la diversidad de estilos y ritmos de aprendizaje y fomentando la autorreflexión, la autoevaluación y el aprendizaje colaborativo.

Asimismo, el docente en la evaluación holística se convierte en un modelo de ética, valores y habilidades socioemocionales, ya que su manera de interactuar con los estudiantes, de guiar procesos y de dar retroalimentación influye directamente en la formación integral de estos. No se trata solo de transmitir información, sino de generar un vínculo de confianza y acompañamiento que motive a los estudiantes a asumir responsabilidades, a tomar decisiones conscientes y a desarrollar competencias que trasciendan el aula. La labor del docente también incluye la innovación constante, la búsqueda de estrategias pedagógicas que fomenten la creatividad y la capacidad crítica, así como la integración de tecnologías y herramientas digitales que potencien el aprendizaje.

El rol docente en la evaluación holística implica ser un agente de cambio dentro de la institución educativa, promoviendo la reflexión sobre las prácticas pedagógicas tradicionales y colaborando en la construcción de una cultura educativa que valore el aprendizaje integral, la diversidad y la inclusión. Este enfoque permite que la evaluación deje de ser un acto meramente cuantitativo y se convierta en una experiencia significativa para los estudiantes, donde se reconozcan sus logros, se identifiquen áreas de mejora y se fomente su crecimiento personal y profesional, consolidando así una educación superior más humana, equitativa y orientada al desarrollo integral (Tobón, 2013; Biggs & Tang, 2011).

La perspectiva de futuro de la evaluación holística en la educación superior es especialmente prometedora, pues permite imaginar una educación más inclusiva, flexible y centrada en el estudiante, capaz de responder a los desafíos de un mundo en constante transformación. La incorporación de tecnologías digitales, plataformas de aprendizaje en línea y herramientas de inteligencia artificial puede facilitar un seguimiento integral del progreso de los estudiantes, proporcionando retroalimentación personalizada que vaya más allá de la simple calificación y contribuya al fortalecimiento de habilidades cognitivas, socioemocionales y éticas (Tobón, 2013). Estas herramientas tecnológicas, lejos de reemplazar al docente, pueden potenciar su labor como guía y acompañante del aprendizaje, liberándolo de tareas rutinarias y permitiéndole concentrarse en la orientación, la reflexión y la motivación del estudiante.

Además, la evaluación holística ofrece la oportunidad de integrar de manera sistemática competencias relacionadas con la ciudadanía, la sostenibilidad y la responsabilidad social, preparando profesionales conscientes de su impacto en la sociedad y el medio ambiente. Frente a retos globales como la crisis climática, la inequidad social o los rápidos avances tecnológicos, la educación superior tiene la responsabilidad de formar individuos capaces de tomar decisiones éticas, liderar proyectos innovadores y colaborar de manera efectiva en equipos multidisciplinarios (Morin, 1999; Zubiría, 2006). Este enfoque también fomenta la capacidad de adaptación y resiliencia, habilidades esenciales en un contexto laboral y social que exige innovación constante y pensamiento crítico.

Asimismo, se espera que la evaluación holística genere una transformación cultural dentro de las instituciones educativas, promoviendo ambientes de aprendizaje más humanizados, inclusivos y participativos, donde el error sea visto como una oportunidad

de aprendizaje y no como un castigo, y donde la diversidad de estilos y ritmos de aprendizaje sea valorada como una riqueza que potencia el crecimiento colectivo. Este cambio cultural permitirá que los estudiantes se sientan reconocidos y motivados, y que desarrollen un sentido de pertenencia y compromiso con su proceso educativo y con la sociedad en general.

Conclusiones

En términos más amplios, la perspectiva de futuro de la evaluación holística implica repensar el currículo, los métodos pedagógicos y los modelos institucionales, alineando la educación superior con las demandas de una sociedad cada vez más compleja, interconectada y diversa. La integración de conocimientos, habilidades y valores no solo mejorará la calidad del aprendizaje, sino que también fomentará la formación de profesionales íntegros, capaces de contribuir a un mundo más justo, sostenible y humano (Tobón, 2013; Barnett, 2000). En este sentido, la evaluación holística no es solo una tendencia educativa, sino un compromiso con la transformación de la educación superior hacia un modelo que considere al estudiante como un ser integral, con capacidad de impactar positivamente en su entorno y de enfrentar los desafíos del futuro con ética, creatividad y conciencia social.

Referencias

Barnett, R. (2000). Realizing the university in an age of supercomplexity. Open University Press.

Biggs, J., & Tang, C. (2011). Teaching for quality learning at university (4th ed.). Open University Press.

González, J., & Wagenaar, R. (Eds.). (2006). Tuning educational structures in Europe II: Universities' contribution to the Bologna process. Universidad de Deusto.

Morin, E. (1999). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. UNESCO.

Tobón, S. (2013). Formación integral y competencias: Pensamiento complejo, currículo, didáctica y evaluación. ECOE Ediciones.

Zubiría, J. (2006). Didáctica de las competencias: Una perspectiva constructivista. Editorial Magisterio.